

BAJAR AL TERRITORIO: FORMACIÓN EN INVESTIGACIÓN DE ESTUDIANTES EN EL PROYECTO DE VOLUNTARIADO “MEMORIAS BARRIALES EN ACCIÓN”

GOING DOWN TO THE TERRITORY: STUDENT RESEARCH TRAINING IN THE "NEIGHBORHOOD MEMORIES IN ACTION" VOLUNTEER PROJECT

Bárbara Galarza*

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7608-0674>

Resumen

El trabajo se propone abordar los sentidos atribuidos al *territorio* por parte de un grupo de estudiantes universitarios de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNICEN), al participar del proyecto de extensión “Memorias barriales en acción”. Con un enfoque etnográfico que aborda la dimensión vivencial del espacio urbano se describen representaciones y prácticas en torno a una espacialidad urbana con deficiente provisión de servicios públicos en un barrio situado en la región centro bonaerense, Argentina. El análisis señala que la expresión nativa *bajar al territorio* constituye una expresión vernacular que sintetiza dos elementos clave del *trabajo territorial*: la vivencia sensorial y simbólica de un descenso y el imperativo moral y material de la provisión. Las conclusiones del estudio indican que la formación en investigación de estos estudiantes se encuentra mediada por una jerarquía de urgencias que condicionan su producción de registros descriptivos y analíticos.

Palabras clave: territorio; investigación; voluntariado; espacio significacional

Abstract

This study addresses the meanings attributed to the territory by a group of university students from the National University of the Center of the Province of Buenos Aires (UNICEN), when they participated in the outreach project "Neighborhood memories in action". Ethnographic approach addresses the experiential dimension of urban space, describing representations and practices on a urban spatiality with poor provision of public services in the central region of Buenos Aires, Argentina. The analysis indicates the native expression *going down to the territory* constitutes a vernacular expression that synthesizes two key elements of territorial work: sensory and symbolic experience of a descent, and the moral and material imperative of provision. The conclusions of the study indicate that in this case the student research training was mediated by a hierarchy of emergencies that conditioned their descriptive and analytical records production.

Keywords: Territory; Investigation; Volunteering; Significant space.

Data recebimento:
30/07/2021

Data de aceite:
09/09/2021

Introducción

La proliferación de programas de extensión universitaria en la República Argentina en los últimos años ha multiplicado la inserción de estudiantes y profesores en estos proyectos. Las actividades que en su marco se desarrollan tienen un doble incentivo. Por un lado, profesionalizar a los estudiantes a través de su inserción en instituciones y espacialidades no universitarias, tales como, asociaciones civiles, organismos estatales y agrupaciones vecinales. Por otro lado, formar a estos futuros profesionales en el ejercicio de la conversación respetuosa con los saberes y los actores locales. El texto de Paulo Freire “¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural” ejerció desde su publicación en 1969 una gran influencia en el desarrollo de la promoción de la popularización dando lugar a la corriente definida como “extensión crítica” (TOMMASINO et al., 2006). Se ha generado así la necesidad de producir en la enseñanza y en el aprendizaje universitarios la integración reflexiva de funciones que se suponen tradicionalmente separadas: la investigación, la docencia y la extensión.

Las ciudades del siglo XXI, en las que la extensión universitaria se implementa, presentan desafíos que ocupan las agendas políticas y académicas. El desarrollo capitalista, caracterizado por la apropiación privada de excedentes colectivamente generados, produce la proliferación de espacialidades habitacionales y laborales deficientes que precarizan las condiciones de vida de sus habitantes (TOPALOV, 1979; SINGER, 1980). La Antropología Urbana, que practico como investigadora y como docente, concibe este proceso de manera sociocultural. Esto implica abordar las ciudades como un proceso abierto que estructura identidades y problemas urbanos. Su mirada resulta fructífera para analizar el tipo de formación que se promueve con las actividades de extensión que se inscriben localmente.

El potencial pedagógico de la extenso y su impacto positivo en los procesos de enseñanza-aprendizaje de estudiantes de grado, ha sido adecuadamente vinculado a los espacios de construcción colectiva (MONTEVERDE et al., 2020). Como práctica formativa, la actividad de extensión resulta significativa para el devenir profesional, académico y ciudadano de los actores universitarios. La interacción dialógica que se produce entre sujetos que se sitúan en el mundo de manera curiosa, sumada a la interdisciplinaridad e interprofesionalidad (FLORES y MELLO, 2020) genera un impacto positivo entre quienes se forman integralmente en la extensión e investigación universitarias. Como resultado de este “contraste entre teoría y realidad, conocimiento científico y saber popular” (SARAIVA, 2007, p.228. La traducción es mía) es posible producir una transformación cotidiana y permanente de la sociedad.

Desde la pionera Universidad de la República, Uruguay, Humberto Tommasino y Felipe Stevenazzi (2016) reflexionan en torno a la importancia de las prácticas integrales en la formación de estudiantes universitarios que operan en terreno y generan tareas vinculadas a problemas específicos de una población junto a la que imaginan soluciones. Esta integralidad está curricularmente reconocida en la universidad uruguaya y se sustenta en la búsqueda de la superación del modelo pedagógico tradicional de distribución-transmisión pasiva de conocimiento. Su propuesta es la de producir una “extensión crítica en los espacios educativos (que) incorporen el diálogo de saberes (...) definido por la integración de actores no universitarios que aprenden

y enseñan junto a los estudiantes y docentes que también aprenden y enseñan. Se genera una vinculación entre saberes diferentes: los saberes científicos o académicos (en un sentido más amplio) y los saberes populares” (TOMMASINO y STEVENAZZI, 2016, p. 125). Este tipo de extensión crítica se apoya en concepciones provenientes de la educación popular y de la investigación acción participación que concibe como más significativos para la enseñanza y el aprendizaje los medios sociales no áulicos que los áulicos.

Diversas iniciativas de extensión universitaria se piensan y practican para y en espacialidades urbanas llamadas “pobres”, esto es, con deficiente provisión de servicios públicos, con el propósito de transformarlas. Se señala con frecuencia en los proyectos de extensión y en las reflexiones que compartimos en jornadas y congresos la importancia de no escindir a la universidad del *territorio*. Esto siempre llamó mi atención pues ¿cuál es la construcción imaginaria que hace posible tal escisión? ¿Cómo podrían estar las universidades no territorializadas? La recurrencia de la aclaración indica que los términos universidad y territorio funcionan semánticamente como un par de opuestos. Estas oposiciones se trasladan a actores que son identificados como “profesores con perfil extensionista” y “profesores con perfil académico”. Tales dicotomías resultan obstáculos para la construcción de conocimiento, pues no sólo desconocen que ambos perfiles están invitados a reflexionar sobre sus experiencias concretas de extensión, sino que además olvidan que resulta fundamental complementar sus visiones de universidad y sociedad.

Teniendo en cuenta que la Antropología produce conocimiento a partir de la visión de los actores y que la Antropología Urbana lo hace teniendo en cuenta el espacio significacional, fruto de visiones subjetivas y vernaculares de lo urbano, nos preguntamos: ¿Cómo se representan el territorio quienes trabajan en programas de voluntariado? ¿A qué valores y sentidos asocian el trabajo territorial? ¿Qué quiere decir estar en el territorio? ¿Con qué recursos y en qué lugares físicos concretos se habita ese *territorio*? Al responder estas preguntas, en primer lugar, nos adentraremos en su “espesura” (PORTO-GONÇALVES, 2002) conceptual y en el contexto histórico que dio origen al Programa de Voluntariado en Argentina. En segundo lugar, mencionaremos diferentes conceptualizaciones de la categoría territorio para construir la pertinencia del abordaje antropológico del espacio significacional y su dimensión vivencial. En tercer lugar, describiremos algunas de las características que asume el trabajo territorial cuando es vivenciado con la expresión vernacular *bajar al territorio*. En cuarto lugar, mostraremos cómo el imperativo moral y material de la provisión de alimentos condiciona la predisposición al trabajo de investigación socio-cultural. En quinto lugar, analizaremos la elaboración de registros para identificar de qué modo la jerarquía de urgencias que establecen los referentes locales incide en la objetivación y conceptualización de fenómenos por parte de los estudiantes que producen y no producen registros analíticos. Finalmente, sintetizaremos algunas conclusiones provisionales sobre las características vivenciales del espacio significacional del *territorio* y su influencia en la formación en investigación de estudiantes en el contexto del voluntariado.

Metodología

El enfoque de esta investigación es el de la etnografía y su aproximación observacional y analítica a la realidad social a partir de la visión de los actores (HAMMERSLEY y ATKINSON, 1994; GUBER, 2011) que al volcarse a la problematización de temas urbanos intenta abordar la ciudad como una totalidad socio-cultural y no como un mero contexto físico-espacial, compuesto de islas culturales (HANNERZ, 1986; SIGNORELLI, 1999). El holismo aplicado a la interpretación de los fenómenos sociales es lo que caracteriza al conocimiento antropológico (MAUSS, 1979).

El material de campo que aquí se analiza se produjo entre agosto de 2014 y mayo de 2016 y corresponde a un grupo de 10 estudiantes, de entre 22 y 35 años. La ciudad en la que se desarrolló el trabajo tiene aproximadamente 100.000 habitantes y se ubica en la región centro de la provincia de Buenos Aires. La observación se centró en actividades realizadas en el contexto de talleres, reuniones, trabajos colaborativos y realización de registros individuales por parte de los estudiantes a lo largo de 12 meses en el contexto barrial del Centro Integral Comunitario y en el contexto universitario de la oficina que ocupa el grupo de investigación. Ninguno de estos ámbitos era áulico. De manera espontánea, al realizar las tareas, los actores solían congregarse en sub-grupos que tenían las siguientes características: a) estudiantes con intenciones de realizar tesinas sobre temas relevantes para la antropología urbana, b) estudiantes con intenciones explícitas de militar social y políticamente y avanzar en el cursado de materias. El primer grupo se caracterizaba por ser menor de 27 años y encontrarse cursando la carrera de manera regular. El segundo grupo de estudiantes tenía, en cambio, una trayectoria académica menos regular, con intermitentes abandonos, y más edad; eran todos mayores de 27 años.

Tabla 1 – Equipo de docentes y estudiantes del voluntariado

Equipo	Edad	Año ingreso carrera	Militancia	Experiencia previa en trabajo territorial
Docente 1	66	1965	No	No
Docente 2	35	2001	No	Si
Estudiante 1	23	2011	No	No
Estudiante 2	24	2010	No	No
Estudiante 3	22	2012	No	No
Estudiante 4	26	2009	Si	No
Estudiante 5	29	2008	Si	Si
Estudiante 6	29	2006	Si	Si
Estudiante 7	29	2007	Si	Si
Estudiante 8	31	2001	Si	Si
Estudiante 9	34	2005	Si	Si
Estudiante 10	35	2008	Si	Si

Fuente: Autora

El material del análisis es fruto de 8 entrevistas personales (12hs) y 7 observaciones participantes en el marco de reuniones de equipo y talleres con los vecinos del barrio a partir de las que se elaboraron registros analíticos a posteriori. Estos registros focalizaban en los siguientes aspectos vivenciales del espacio urbano asociado vivencialmente al *territorio*: 1) cómo se siente el lugar del trabajo territorial, 2) qué se hace y con qué recursos y 3) para qué sirve. Resultaron estas elaboraciones una herramienta para supervisar las competencias de objetivación de la subjetividad asociada al territorio. Con ellas, los docentes hacíamos un seguimiento de la predisposición a la interrogación, hipotetización y análisis que los estudiantes/investigadores en formación conseguían o no conseguían desarrollar.

Contexto histórico del proyecto de voluntariado “Memorias barriales en acción”

La segunda mitad de los años 2000 y la década de 2010 se caracterizó, en Argentina, por una ampliación de la cobertura social para los llamados “sectores vulnerables”ⁱ gracias a la universalización de la Asignación Universal por Hijo (AUH) y a la puesta en marcha de programas de transferencias monetarias condicionadas. En este contexto de ampliación de la redistribución del ingreso, el *trabajo territorial* – tanto contratado como militanteⁱⁱ– se amplió. La multiplicación de programas de desarrollo social generó oportunidades de empleabilidad para muchos jóvenes estudiantes universitarios o graduados recientes. Su inserción formal e informal contribuyó, además, a fortalecer la articulación entre la Universidad y otras instancias estatales volcadas a la “Promoción social” a través de la implementación de políticas sociales y experiencias organizativas (NATALUCCI, 2018).

El Programa de Voluntariado Universitario de la Secretaría de Políticas Universitarias del Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología de la Nación de la República Argentina fue lanzado por primera vez durante la presidencia de Néstor Kirchner, en el año 2006. Los lineamientos de inscripción de los proyectos estipulaban que los equipos se integraran por estudiantes (al menos diez) de Universidades Nacionales, Provinciales e Institutos Universitarios Nacionales junto a docentes/investigadores (por lo menos uno) de materias afines a las carreras de los estudiantes, así como por organizaciones de la comunidad.

El barrio Güemes en el que desarrollamos el proyecto fue construido por cooperativas con el acompañamiento de la organización social Federación Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV) en el marco del “Plan Federal de Emergencia Habitacional”. La construcción se llevó a cabo entre 2004 y 2005, año en que empezó a habitarse el barrio y a funcionar el Centro Integrador Comunitario (CIC) que actuó como institución participante del proyecto. Con motivo del décimo aniversario de la creación de este conjunto de viviendas, se tomó la iniciativa de realizar un trabajo de reconstrucción de la memoria barrial cuyas experiencias, percepciones, valores y sentidos quedaron plasmados en diferentes tipos de registro: producciones escritas colectivas de divulgación, registros individuales con propósitos de investigación, un mapeo colectivo del

barrio utilizando la técnica del croquis (mapas mentales contruidos a partir de lo que los actores sienten respecto al espacio que transitan), una muestra fotográfica del proceso y una producción audiovisual.

Desde los primeros años de creación del barrio, representantes estatales del Ministerio de Desarrollo Social se hicieron presentes en él a través del Centro de Referencia (CDR). Realizaban asiduamente actividades de promoción socio-comunitaria y asistencial en el CIC. La inserción del CDR en el barrio había identificado problemáticas a las que se quería dar solución y para la que fuimos convocados los docentes de la cátedra Antropología Urbana de la Licenciatura en Antropología Social de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Entre sus preocupaciones se mencionaba la estigmatización del barrio, así como la importancia de celebrar el aniversario de la creación de su auto-construcción y generar iniciativas como jornadas solidarias, talleres de formación, actividades recreativas y de contención. Indicaban la identidad barrial, el sentido de pertenencia, el papel de la juventud y la incidencia de las relaciones de género como elementos a tener en cuenta. Buscaban, acompañándose de actores de la universidad, fortalecer los procesos de participación vecinal y encauzarlos en un proyecto colectivo de mayor amplitud.

En términos generales, ese proyecto coincidía con la propuesta nacional y popular del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011 y 2011-2015) de ampliación de derechos y redistribución de la riqueza social. En este espacio político militaban tanto los empleados estatales del CIC y el CDR como al menos el 60% de los estudiantes del proyecto. De hecho, algunos de ellos habían participado de proyectos como becarios o pasantes y otros tenían inserción laboral temporal en el Ministerio de Desarrollo Social y/o en diversos programas de políticas públicas sociales.

El equipo profesional del CIC y el equipo del CDR del Ministerio de Desarrollo Social contaba con una asidua participación barrial promoviendo diversas acciones desarrolladas por promotores territoriales dependiente del mismo Ministerio. A estas experiencias, se sumaban también las demandas expresadas por los/as propio/as vecinos/as en las reuniones de Mesa de Gestión territorial municipal, un espacio concebido como una herramienta participativa abierta a la que con frecuencia asistía la trabajadora social responsable del CIC. En esa Mesa de Gestión Local estaban representados los tres niveles del Estado (Nación, Provincia y Municipio) y lo/as vecinos/as que acercaban sus inquietudes a las reuniones. En este sentido, se planteaban problemáticas con el objetivo de diseñar y planificar estrategias para solucionarlas. En algunas de estas reuniones había surgido la necesidad de generar actividades integradoras tendientes a revalorizar la identidad colectiva, rescatando la memoria histórica barrial ante la estigmatización sufrida por los habitantes del barrio al ser tildados de “delincuentes”, “pobres”, “violentos”, “drogadictos”, “peligrosos” y “negros”, de acuerdo, con los términos usados por lo/as propio/as vecinos del barrio. A esta inquietud interna se sumaba además la existencia de indicadores preocupantes arrojados por investigaciones locales, como la realizada por la Facultad de Medicina, en el marco del curso de posgrado “Médicos Comunitarios”, que sugerían altas tasas de violencia, consumo problemático de drogas, situaciones de violencia de género y embarazo adolescente.

La zona de influencia urbana del barrio coincidía con el límite sudoeste de la ciudad. Es un sistema habitacional de casas pequeñas de una o dos habitaciones que cuenta con deficientes y escasos servicios públicos. En estas casas suelen convivir más de 4 personas, sin cloacas ni asfalto. Los días de lluvia el barro de la calle llega hasta la puerta de las casas, debido a la ausencia de cordón cuneta. El barrio está mayormente habitado por niños, adolescentes y adultos jóvenes. De hecho, de las 367 personas que vivían allí en 2015, 302 tenían menos de 39 años. Coincidentemente, los destinatarios del Voluntariado eran apenas un poco más jóvenes que los estudiantes universitarios que participaban del proyecto.

El territorio como espacio signficacional

Un número amplio de disciplinas se han ocupado en los últimos años de definir con rigurosidad el territorio vinculándolo al campo de la extensión. Desde la Geografía se problematizó el uso del concepto a partir de tres formas de entenderlo, como campo de fuerzas (SOUZA, 2013), como espacio apropiado (PORTO GONÇALVES, 2002) y como experiencia múltiple (HAESBAERT, 2014), proponiendo considerar la multiplicidad de las territorializaciones para comprender la función social de la extensión (ARZENO, 2018). La Geografía histórica lo ha definido a su vez como un espacio producido social y culturalmente que se caracteriza por ejercer el control de algún flujo (mercancías, personas, capital) (SACK 1986). Esta acepción señala la importancia que tiene para su abordaje conocer cómo se produce el acceso o no a estos flujos. Desde la sociología se ha afirmado que la dimensión territorial es, además, un elemento clave de la acción colectiva de los movimientos sociales latinoamericanos, por lo que sería necesario repolitizar tanto la categoría como la practica extensionista (ERREGUERENA, 2020). La antropóloga Rita Segato (2006), por su parte, al plantear la necesidad de encontrar un léxico que permita teorizar la experiencia territorial contemporánea, sostiene que “lo que denominamos territorio se constituye en signficante de identidad (personal o colectiva), instrumento en los procesos activos de identificación y representación de la identidad en un sentido que podríamos llamar de militante (...) los paisajes (geográficos y humanos) que lo forman son los emblemas en que nos reconocemos y cobramos realidad” (SEGATO, 2006, p. 131).

Estos aportes ponen de relieve que el estudio del territorio es un tema/problema multidisciplinar para quienes participamos de la extensión. Además de los abordajes posibles desde la Geografía y la Sociología, resulta también pertinente el antropológico. Para construir a su construcción, reflexionaremos sobre el impacto que tiene en la formación en investigación de estudiantes la realización de tareas de voluntariado en un barrio pobre al que suelen llamar, tanto cotidiana como teóricamente, el territorio. Buscamos así comprender de qué manera el modo en que practican y representan esta espacialidad urbana condiciona su predisposición a la objetivación de procesos sociales urbanos.

Cabe aclarar que el abordaje antropológico distingue dos acepciones de la categoría territorio. Una primera acepción, que solemos llamar *etic*, se caracteriza por ser teórico-analítica y tiene una constitución disciplinar que se asienta sobre criterios objetivos, tales como, las condiciones del suelo, la trama de relaciones de poder, el desarrollo de relaciones económicas, etc. La segunda acepción, que solemos llamar *emic*, es vernacular y forma parte de un discurso nativo que producen los actores para dar sentido a sus prácticas. Esta acepción es subjetiva y se asienta sobre lo que los actores sienten y perciben.

La aproximación dialéctica y relacional al fenómeno sociocultural del trabajo territorial tiene una dimensión simbólica y emocional. Su abordaje histórico-estructural busca dar cuenta de la complejidad del proceso de urbanización capitalista aquí referenciado. El espacio urbano vivido implica una subjetivación del proceso de urbanización en su función productiva y reproductiva. Intentando conceptualizar este carácter subjetivo y experiencial, Ariel Gravano llama *espacio significacional* a ese “espacio vivido, representado, imaginado (...) que adquiere un efecto de contrastes de sentidos entre distintos actores o puntos de vista” (GRAVANO, 2015, p. 127). El antropólogo argentino, propone para analizarlo el registro de los sistemas de representaciones y de las prácticas significativas con que los actores viven la ciudad. A esta dimensión vivencial del espacio David Harvey suma el interés por registrar la importancia que los espacios tienen en la historia personal y colectiva, llamando conciencia espacial a aquella capacidad humana que

Permite al individuo comprender el papel que tienen el espacio y el lugar en su propia biografía, relacionarse con los espacios que ve a su alrededor y darse cuenta de la medida en que las transacciones entre los individuos y organizaciones son afectadas por el espacio que los separa. Esto le permite conocer la relación que existe entre él y su vecindad, su zona o, utilizando el lenguaje de las bandas callejeras, su ‘territorio’ (HARVEY, 1977, p. 17)

Conocer cómo es vivido el espacio significacional del territorio por los actores que realizan trabajo territorial permite comprender de qué modo la subjetivación de valores y representaciones condiciona y organiza simbólicamente sus prácticas. Puesto que los estudiantes en tanto actores sociales están atravesados por esta producción de sentido resulta necesario producir la objetivación de sus subjetivaciones. Esto lo conseguimos con la producción de registros realizados etnográficamente.

Experiencias de acercamiento al *trabajo territorial*: *descenso e intemperie*

Al rememorar los primeros días de su llegada al barrio, algunos estudiantes recuerdan la sensación de descubrir “otro mundo, otro *territorio*, lleno de cosas que no se ven en la Facultad” (Lorena, 24, estudiante). La alteridad de ese espacio barrial se inscribe en primer lugar de manera enfática en su percepción auditiva: “te metés en un contexto distinto al tuyo

con otros ruidos, otra música, la cumbia al mango, los perros ladrando...” (Marisa, 33, estudiante). Estos “ruidos de barrio, calle, quilombo” caracterizan, en la perspectiva nativa de los estudiantes de la carrera de Antropología, al *territorio*.

Sus percepciones eran abiertamente compartidas. Una tarde, por ejemplo, esperando en la vereda para comenzar un taller, Micaela una estudiante de 23 años me dijo entusiasmada, señalándome una esquina del barrio, donde un grupo de 5 chicos de entre 12 y 15 años fuman y escuchan música: “*Alto bardoⁱⁱⁱ, profesora allá en la esquina, no? Voy a ver si me dan bola para hacerles una entrevista. Me parece que conozco a uno. No se asuste si hablo medio cabeza^{iv}, acá es así, si no quedás re careta^v*” (Micaela, 23, estudiante). Esto me recordó algo que me dijo una de las estudiantes avanzadas participando del proyecto con experiencia en un centro municipal como pasante universitario respecto a la importancia de “*no sonar como de la facultad... acá tenés que ser más camionera (ya que) para enganchar a los pibes y que no te deliren tenés que sonar como de acá*” (Lucía, 29, estudiante). Al preguntarle qué quería decir eso, otro estudiante de perfil marcadamente militante que solía brindar de manera gratuita clases de apoyo escolar, me responde que parte del trabajo territorial consiste en “*bajar... hablar un poco más sencillo, no haciéndose el rebuscado*” (José, 31, estudiante). Por otro lado, Noelia, una estudiante universitaria avanzada contratada como promotora en un programa de terminalidad escolar para jóvenes en condiciones de vulnerabilidad señala que su jefa le decía todo el tiempo que tenía “*que salir de la oficina y bajar al territorio*”. Sin embargo, el modo en que eso debería efectivarse le resultaba a Noelia confuso y frustrante. De acuerdo con su experiencia: “*Hacer pie en la comunidad no es fácil, no te dan bola*” (Noelia, 28, estudiante y empleada municipal).

La recurrencia de impresiones como estas sobre espacios sociales que nativamente se representan con ciertos elementos sonoros y lingüísticos me condujo a intentar responder a la pregunta de qué podría significar la expresión *bajar al territorio* entre estudiantes que participan de un voluntariado universitario. De acuerdo con diversas explicaciones recogidas entre quienes tienen algún tipo de inserción laboral como becarios o pasantes, desplazarse hasta el territorio implica un *descenso*. Este *descenso* es sentido en el cuerpo de una manera contundente. En su perspectiva, el *trabajo territorial* se distingue de otros trabajos, por los tipos de espacios de cada uno. El espacio de la oficina (universitaria o de otro tipo) se caracteriza por ser un lugar donde dicen “trabajar cómodas”, “calentitas”, “tener baño”, “tener agua”, “tener computadora”. En cambio, el espacio barrial del *territorio*, se caracteriza por ser un lugar “donde te morís de frío, te corren los perros y estás sola”.

El *descenso* al territorio en tanto experiencia vivida se asocia, además, en la visión nativa, a una recurrente sensación de frustración. Esta sensación es fruto de la deficiente provisión de servicios públicos del barrio. Resulta significativa la expresión “alto bardo” usada por alguno/as estudiantes como Micaela con un sentido negativo que se distinguía del sentido positivo que tenía en otras ocasiones cuando durante el proyecto la espacialidad era vivida como un lugar exótico, distinto y estimulante para realizar trabajo de campo. La estimulación del barrio para desarrollar la formación en investigación se convertía en enojo y frustración cuando el acceso al barrio se dificultaba a raíz de la deficiente red de transporte público: “Es un bardo agarrar

bondi^{vi} acá, no pasa nunca y me queda re a trasmano... Tardo una hora en llegar acá desde casa y estoy a 20 cuadras!” (Micaela, 23).

Los sentidos nativos que asocian la frustración a este espacio en el repertorio de los actores lo configuran vivencialmente como una *intemperie*. Ésta se caracteriza por ser un espacio frío, vacío, poco conectado, habitado en soledad y desconcierto. La referida *intemperie del territorio* es urbana, en sentido estricto, pues se caracteriza por estar poco conectada con otros medios de transporte, tal como se evidencia en el testimonio Micaela. Pero este sentido estricto de la *intemperie* vivida por los estudiantes se amplía también a un sentido significacional. Su construcción se debe tanto a la falta objetiva de redes de transporte, asfalto, gas, etc., como a la vivencia subjetiva del descenso de clase que implica poner el cuerpo en un lugar escasamente provisto de estos servicios públicos.

El imperativo de la provisión: *Llevar comida... ¡o algo!*

El siguiente tópico detectado en las representaciones nativas del *territorio* entre los participantes del proyecto era el imperativo tácito y explícito del aprovisionamiento. Esto quiere decir que el espacio significacional del *territorio* no sólo “sonaba” distinto de los sectores urbanos de los que cada uno de nosotros/as proveníamos –dónde suele haber menos perros, más asfalto, casas de más metros cuadrados y medios de transporte–, sino que además las tareas asociadas a él estaban estrechamente vinculadas a la provisión de bienes y servicios, en general, y de comida, en particular. El *trabajo territorial* es en este sentido específico. El modo en que aprendí sobre esta especificidad fue informal y tenía por uno de sus principios tácitos la idea de que un trabajo territorial bien hecho incluye el abastecer de alimentos en instancias sociales de comensalismo.

Por sugerencia de los referentes locales, los estudiantes y docentes pasábamos muchas horas del día en las cocinas de las instituciones y de las familias. Comprar, repartir, juntar y guardar comida para cada jornada y festejo barrial eran actividades que tanto los trabajadores estatales como los estudiantes se tomaban con mucha seriedad y en la que ocupaban mucho tiempo. De acuerdo con su explicación, lo que atrae la participación de los vecinos es que haya comida rica gratis. De ahí que le dedicaran no pocos esfuerzos a conseguirla. Sostenían que sin comida el proyecto no tendría éxito pues nadie iría a los talleres. Marcela, una estudiante avanzada de Antropología de 34 años, encarnaba el enfoque más asistencialista en el proyecto, pues tenía acceso a fondos provenientes del Ministerio para utilizar en el barrio. Ella solía decirnos que “para que la gente venga, y más que nada los chicos quieran volver, tenemos que tener algo para comer... Si les damos algo, después van a querer volver a hacer otro taller” (Marcela, 34, estudiante).

Ahora bien, la provisión no se practica sólo con el propósito estratégico de afianzar la participación de los vecinos. En la perspectiva nativa de quienes se auto-reconocen realizando trabajo territorial, ir al territorio implica *llevar algo*. Esto es vivido como una obligación no

sólo material sino también moral, pues “llegar al territorio con las manos vacías está mal” (José, 31, estudiante). La práctica de llevar comida resultaba un imperativo gestionado por trabajadores estatales, referentes locales y estudiantes se repitió tanto en las celebraciones barriales como en los talleres. Por ejemplo, en ocasión del festejo por el día del niño, la gente del taller de cocina dispuso de una mesa de pizzas y sandwichitos de miga costeados con fondos tanto del Voluntariado como del Ministerio. Además, en cada uno de los 5 talleres que realizamos en el año, para recoger la memoria barrial, compramos varias docenas de facturas, bizcochitos, yerba y jugo con dinero del proyecto.

El aprovisionamiento de comida para el territorio debía de ser una práctica frecuente pues observé en más de una ocasión el experto conocimiento que los niños del barrio tenían de los lugares de almacenaje de la comida. Su acercamiento a ella implicaba comportamientos diversos que iban desde la cortesía al hurto: en algunas ocasiones la pedían educadamente, en otras la exigían y esporádicamente también la tomaban sin pedir permiso. Respecto a su costeo, el voluntariado podía hacer un aporte muy magro, pues los fondos rendidos sólo permitían gastos en material audiovisual y de librería.

Ante el imperativo de esta provisión, los estudiantes exhibían dos posturas distintivas: la contradicción y el acompañamiento. Al verse en la situación de tener que realizar acciones, como las del aprovisionamiento, que no coincidían con las competencias adquiridas y/o promovidas por los contenidos curriculares de la carrera, no resultaba infrecuente que algunos de ellos experimentaran una evidente tensión. Tenían dudas respecto a la afinidad entre el propósito del voluntariado y su inserción profesional. Sus posturas en torno al tema de la provisión de comida como parte de las tareas del voluntariado, divergían. Mientras que aquellos de menor edad y mayor regularidad en la cursada (grupo 1) vivían con contradicción y hasta rechazo al asistencialismo con que los referentes abordaban el territorio, los de mayor edad y discontinuidad en la cursada de las materias (grupo 2), lo vivían de manera positiva, abrazándolo, incluso, como elección laboral.

Alex representa un caso de los segundos. Se trata de un estudiante avanzado de 29 años, quién luego de desempeñarse como pasante de la universidad, fue contratado en una dependencia estatal. Abandonó su formación a 5 materias de concluir la porque según explica: “No te sirve de mucho el título para el trabajo que haces acá, más asistencial, digamos, le llevo cosas a la gente con necesidades, les consigo cosas: nebulizadores, remedios, ropa, comida” (Alex, 29). Las expectativas profesionales de estudiantes como Alex divergían de las de estudiantes como Ana quien mostraba interés en formarse como investigadora más que como trabajadora territorial. La diferencia entre sus expectativas puede también ilustrarse con una jornada de taller que resultó desde el punto de vista de los referentes locales y de los actores con experiencias de militancia, un gran éxito ya que hubo mucho acopio de comida y concurrencia. Sin embargo, Ana no tenía la misma impresión. Rechazó con molestia las opiniones positivas que algunos de sus compañeros a la *contención* y reivindicó la importancia de describir y analizar. De hecho, Ana se quejó de un comentario negativo que recibió de un compañero por estar escribiendo y registrando en lugar de servir chocolate caliente a los niños y expresó ante la atónita mirada de sus compañero/as de estudio: “Esto del voluntariado es más para los militantes y para los que

les gusta el trabajo social ¿no? Pero yo no quiero ser asistente social ¡No me hubiese anotado en la carrera de Antropología para eso!” (Ana, 26)

Las urgencias y la realización de registros

La necesidad de abastecer urgencias era recurrente y compartida por diferentes miembros del equipo de trabajo del voluntariado. En la visión de los actores, la satisfacción de necesidades urgentes no es, sin embargo, una dificultad o excepción si no parte *vocacional del trabajo* que se hace *territorialmente*. Tal vocación también es esgrimida por actores tanto profesionales como no profesionales y suele decirse que es *algo que te tiene que gustar porque implica también mucha frustración* (Mónica, 42, asistente social CIC). Los referentes locales del proyecto, mayormente agentes estatales municipales que desarrollaban sus tareas en espacios barriales, eran trabajadoras sociales y psicólogas comunitarias que describían su tarea como *básicamente trabajo territorial* (Estela, 36, psicóloga territorial). Explicaban que esto quería decir que trataban de *hablar siempre con los vecinos, saber qué les pasaba, meterse en la cocina de las casas, gestionarles cosas que necesitaran: comida, medicamentos, programas, subsidios, etc.* En sus propias palabras, esto se conseguía *yendo y viniendo*, es decir, circulando tanto por calles, esquinas, veredas, como por oficinas estatales municipales, provinciales y nacionales. Sus tareas de gestión las llevaba a recorrer espacios cerrados, tales como, servicios territoriales, salas primarias de atención en salud y sociedades de fomento. Su propósito, decían, era la organización de actividades para *sacar a los chicos de la calle, para que no caigan en cana, así pueden generar esa autoestima y ese valor que tanto les falta a estos pibes de barrios pobres con familias que no han podido dárselos* (Estela, 35, psicóloga CIC). Cabe señalar que una de las primeras impulsoras del proyecto fue una alumna de la materia que se encontraba incursionando tanto en la militancia barrial como en la extensión universitaria, en otro programa dedicado al género.

Ahora bien, nuestra tarea como docentes-investigadores en Antropología no era brindar servicios de contención psicológica pues esa era función de la psicóloga comunitaria, ni asistir al trabajo asistencialista de la trabajadora social. Nosotros entendíamos que estábamos allí para, por un lado, producir el registro de la identidad barrial compartido por los vecinos en los talleres, y, por el otro, fortalecer la formación en investigación socio-antropológica de un grupo de estudiantes contribuyendo a desarrollar sus capacidades para objetivar problemas, interrogantes, hipótesis, etc.

Como actividades y tareas para lograr los objetivos del proyecto se realizaron talleres para producir registros audiovisuales de la historia barrial junto a un grupo de vecinos. De estos talleres nos ocupamos los docentes de la cátedra de antropología urbana, acordando con estos vecinos su coordinación y dinámica. En forma paralela, como parte de la formación en investigación incentivamos a los estudiantes a realizar entrevistas y prospecciones de campo. Algunos de ellos realizaron trabajos exploratorios de investigación que continuaron en tesis de grado. Los docentes dimos consignas para ejercitar la objetivación y la desnaturalización de categorías vernaculares. La realización de estos registros fue dispar, identificándose 3 tipos de resultado: 1) la

no realización de la consigna, 2) la elaboración de registros descriptivos, y 3) la elaboración de registros analíticos con conceptos.

Tabla 2 - Producción de registros descriptivos y analíticos del equipo del proyecto

Equipo Voluntariado	Edad	Año ingreso carrera	Militancia	Experiencia previa en trabajo territorial	Registro descriptivo 1 (referencias empíricas contextuales)	Registro descriptivo 2 (referencias empíricas contextuales)	Registro analítico 1 (utilización de al menos un concepto de antropología urbana en la interpretación del contexto o la situación)	Registro analítico 2 (utilización de al menos 3 conceptos de antropología urbana en la interpretación del contexto o la situación)
Docente 1	66	1965	No	No	-	-	✓	✓
Docente 2	35	2001	No	Si	-	-	✓	✓
Estudiante 1	23	2011	No	No	✓	✓	✓	✓
Estudiante 2	24	2010	No	No	✓	✓	✓	-
Estudiante 3	22	2012	No	No	-	✓	✓	✓
Estudiante 4	26	2009	Si	No	✓	✓	✓	-
Estudiante 5	29	2008	Si	Si	-	-	-	-
Estudiante 6	29	2006	Si	Si	-	-	-	-
Estudiante 7	29	2007	Si	Si	✓	-	-	-
Estudiante 8	31	2001	Si	Si	-	✓	-	-
Estudiante 9	34	2005	Si	Si	-	-	-	-
Estudiante 10	35	2008	Si	Si	-	-	-	-

Fuente: Autora

La tabla 2 muestra el tipo y cantidad de registros descriptivos y analíticos realizados por los docentes y estudiantes que participaron del voluntariado. Se observa que sólo 2 estudiantes (de 22 y 23 años) realizaron la totalidad de las consignas de registros sugerida para desarrollar la objetivación de situaciones y contextos observados. De un total de 10 estudiantes, 4 estudiantes no entregaron nunca ningún registro y sólo 2 cumplieron con la totalidad de entregas. De los que realizaron registros, 4 hicieron el registro analítico 1 utilizando al menos un concepto de antropología urbana y sólo 2 hicieron el registro analítico 2, consistente en interpretar lo observado con al menos 3 conceptos teóricos de Antropología urbana. Los registros descriptivos fueron realizados por 4 estudiantes (el 1º) y 5 estudiantes (el 2º). Los estudiantes que menos registros entregaron presentaban más edad, experiencia militante y/o experiencia previa en trabajo territorial. Sus explicaciones para justificar las no entregas era justamente las obligaciones de militancia y la necesidad de trabajar atendiendo necesidades urgentes como la organización de eventos que tuvieran participación barrial.

Al momento de exponer y contrastar nuestra aproximación a la investigación, resultaba evidente que los estudiantes militantes, los trabajadores territoriales y los docentes teníamos hipótesis diferentes. Para los dos primeros, el principal problema era la discriminación y la estigmatización de las personas con ingresos bajos. En cambio, los docentes consideramos esta

explicación tan errónea como superficial, pues reproducía la idea de que la urbanización capitalista y su dinámica sociocultural de producción y reproducción de desigualdades puede superarse con un poco de “buena voluntad”, como si fuera una cuestión de *tratarnos mejor como vecinos y ser más empáticos con los que menos tienen*. La primera hipótesis, presente en los registros descriptivos de algunos estudiantes, mostraba al barrio en situación de interacción entre vecinos, haciendo foco en conflictividades y estigmas (como el *ser negro*). La segunda hipótesis estaba presente en los registros analíticos de los estudiantes que conseguían utilizar categorías teóricas como segregación, constitución histórica, proceso de urbanización, espacio simbólico, espacio cultural e imaginarios. Estos conceptos les permitían acceder a la consideración de la estructura social y producir así interpretaciones más profundas.

Frustración, intemperie y participación

El análisis antropológico de la perspectiva nativa de actores que se desempeñan en voluntariados universitarios indica la existencia del espacio significacional del *territorio*. Éste se configura vivencialmente desarrollando el llamado *trabajo territorial*. Su alteridad para los estudiantes es enunciada como *bardo* y se expresa sonoramente en comportamientos públicos asociados al desorden y a sectores urbanos considerados vulnerables. Los sentidos de descenso, asociados vernacularmente a *este espacio significacional*, se sintetizan en la expresión *bajar al territorio*. Ésta se inscribe lingüísticamente con el imperativo de la sencillez en el habla y espacialmente con el imperativo de salir de las oficinas estatales, entre las que se incluyen las universitarias. Su vivencia se vincula a la *frustración*, a la *intemperie* urbana y a la exigencia de la *participación*.

Estas vivencias generan dos tipos de actitudes y valoraciones entre los estudiantes. Mientras que, por un lado, algunos de ellos exhiben tensión y rechazo hacia el *trabajo territorial* por desalentar su formación disciplinar profesional, por el otro, hay quienes adscriben a él para fortalecer su militancia y empleabilidad estatal. Tal como señala, Segato (2006), estas prácticas y representaciones forman parte significativa de la experiencia territorial con que se emblematisa la identidad militante para ser reconocida y cobrar realidad.

A la luz de la distinción entre la visión teórica y la visión nativa respecto del *territorio* aquí desarrollada considero necesario revisar el uso de la categoría *dimensión territorial* presente en ciertas conceptualizaciones. Ésta puede confundir y opacar los aspectos objetivos y subjetivos que constituyen al territorio tanto en su definición etic como emic. De este modo, los valores y representaciones nativas de un grupo particular pueden confusamente convertirse en definiciones teóricas generales sobre espacialidades urbanas. En su lugar, desde la antropología urbana, invitamos a hablar de la dimensión vivencial del *territorio* y abordarlo como un espacio significacional que tiene una constitución histórico-estructural asociada a la pobreza urbana y a la falta de servicios públicos.

Para los docentes involucrados en el diseño e implementación del proyecto, la palabra territorio resultaba una categoría compleja tanto en términos teóricos como nativos. Esto se debe a que es un espacio cargado de sentidos ambiguos. En otras palabras, la espesura categorial del territorio se debe no sólo a los desafíos de sus definiciones disciplinares, sino también a los sentidos vernaculares en relación a él que los propios extensionistas generamos en contextos no áulicos.

El potencial pedagógico del voluntariado consistió en abordar desde la docencia y la investigación las espacialidades urbanas con categorías de la antropología urbana. Estas permitieron interpretar lo territorial de un modo histórico-estructural, desnaturalizando así el sentido común local. Descubrimos al avanzar con el proyecto que, además de realizar las prácticas del aprovisionamiento a las que los referentes locales nos instaban, debíamos también como coordinadores incentivar la objetivación de aquello que al estar subjetivado como sensación, valor y representación podía ser desestimado en los análisis. En la formación en antropología social resulta crucial considerar la dimensión vivencial, especialmente, al analizar situaciones y contextos. Como docentes, la experiencia nos ha vuelto más conscientes de la importancia de persistir en el esfuerzo de la objetivación para fortalecer las competencias en investigación de estudiantes que participan en proyectos de extensión.

Aproximaciones finales

A modo de síntesis, cabe señalar que la integración de las actividades de extensión, docencia e investigación desarrolladas en el marco del proyecto resultó tan fructífera como útil para identificar fortalezas y debilidades respecto a la formación en investigación. La producción de los estudiantes de registros descriptivos y analíticos tenía el propósito de producir rupturas en el modo nativo de sentir y vivir la espacialidad urbana abordada. De este modo, buscábamos generar una aproximación a la investigación socio-cultural propiciando tanto la comprensión del espacio significacional como su constitución histórico-estructural. La dispar producción de registros entre los estudiantes parece relacionarse al tipo de recorrido universitario y de empleabilidad estatal de cada uno. Existe una estrecha vinculación entre el tiempo insumido por las *urgencias territoriales* y la elaboración de registros, tanto analíticos como descriptivos. A modo de propuesta, concluimos con una hipótesis. La ausencia de interpretación de situaciones y contextos podría revertirse en el futuro complementando las interacciones barriales con instancias áulicas, sean éstas digitales o virtuales. Creemos que este contacto frecuente con el contenido curricular de la materia Antropología urbana ayudaría a los estudiantes a mejorar la utilización de conceptos teóricos para volverlos luego operativos en los análisis. Sin duda, la capacidad de tener manejo conceptual es una competencia que resulta imprescindible para objetivar el espacio urbano vivido y fortalecer así el perfil en investigación de estudiantes que participan de proyectos de voluntariado de estas características.

Referencias bibliográficas

- ARZENO, M. Extensión en el territorio y territorio en la extensión. Aportes a la discusión desde el campo de la Geografía. +E: **Revista de Extensión Universitaria**, 8(8), enero-junio, 3-11. Disponible en: <https://doi.org/10.14409/extension.v8i8.Ene-Jun.7709>. Acceso: 22 febrero 2021.
- CASTELLS, M. **La cuestión urbana**. México: Siglo XXI Editores, 2014.
- ERREGUERENA, F. Repolitizar los territorios. Reflexiones sobre los conceptos de territorio y poder en la extensión universitaria. +E: **Revista de Extensión Universitaria**, 10(13), Dic. 2020. Disponible en: <https://doi.org/10.14409/extension.2020.13.Jul-Dic.e0012>. Acceso: 30 marzo 2021.
- FREIRE, P. **¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural**, México: Siglo xxi, 1998.
- GRAVANO, A. **Antropología de lo urbano**. Buenos Aires: Café de las Ciudades, 2015.
- GUBER, R. **La etnografía. Método, campo y reflexividad**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.
- HAESBAERT, R. Território e multiterritorialidade em questão. En Haesbaert R. **Viver no limite**. Território multi/transterritorialidade em tempos de in-segurança e contenção. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2014.
- HAMMERSLEY, M. Y ATKINSON, P. **Etnografía. Métodos de investigación**. Barcelona: Paidós, 1994.
- HANNERZ, U. **Exploración de la ciudad**. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- HARVEY, D. **Urbanismo y desigualdad social**. Madrid: Siglo XXI, 1977.
- HARVEY, D. **Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana**. Madrid: Ediciones Akal, 2012.
- LEFEBVRE, H. **El derecho a la ciudad**. Barcelona, Ariel, 123-140, 1978.
- MAUSS, M. **Sociología y Antropología**. Madrid: Biblos.
- MONTEVERDE, A.C. *et al.* Extensión Como Espacio De Construcción Colectiva En Proyectos De Investigación Acción Participativa. **Revista Conexão UEPG**, Ponta Grossa, Paraná - Brasil. v. 16, e2014600, p. 01-20, 2020. Disponible en: <https://www.revistas2.uepg.br/index.php/conexao/article/view/14600>. Acceso: 23 junio 2021.
- MUMFORD, L. **La ciudad en la historia**. Buenos Aires: Infinito, 1979.

NATALUCCI, A. El neoliberalismo en acto: políticas sociales y experiencias organizativas en Argentina (2009-2016). En: **Polis Revista Latinoamericana**, (49), 103-125, 2018. Disponible en: doi: 10.4067/S0718-65682018000100103. Acceso: 20 junio 2021.

SACK, R. **La territorialidad humana: su teoría e historia**. Universidad de Cambridge, 1986.

SARAIVA, J. L. Papel da extensão universitária na formação de estudantes e professores. **Brasília Med.**, v. 44, n. 3, p. 225-233, 2007.

SEGATO, R. “En busca de un léxico para teorizar la experiencia territorial contemporánea”. En: *Politika*. **Revista de Ciencias Sociales** n° 2 / Diciembre, pp. 129-148, 2006.

SIGNORELLI, A. **Antropología urbana**. Barcelona: Anthropos, 1999.

SINGER, P. **Economía política de la urbanización**. Ed. Siglo XXI, México, 1980.

SOUZA, M. LOPES de. Território e (des)territorialização. En: **Os conceitos fundamentais da pesquisa sócio-espacial**. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2013.

TOMMASINO, H. *et al.* Extensión crítica: los aportes de Paulo Freire, en H. Tommasino y P. De Hegedus (coords.), **Extensión**: reflexiones para la intervención en el medio urbano y rural, Montevideo: Udelar, 2006.

TOMMASINO, H. Y STEVENAZZI, F. Reflexiones en torno a las prácticas integrales en la Universidad de la República. En **+E: Revista de Extensión Universitaria** versión digital, (6), pp. 120-129. Santa Fe, Argentina: Ediciones UNL, 2016. Disponible en: <https://doi.org/10.14409/extension.v1i6.6320>. Acceso: 11 mayo 2021.

TOPALOV, C. **La urbanización capitalista**. Edicol, México, 1979.

Notas

ⁱ Me refiero a aquella población cuyos ingresos se encuentran por debajo de la línea de pobreza.

ⁱⁱ Cabe señalar que el trabajo territorial militante se distingue del contratado en que realiza acciones que reivindicarían ideales políticos sin exigir ni esperar, en apariencia, remuneración económica a cambio.

ⁱⁱⁱ *Alto* es un aumentativo de uso cotidiano y *bardo* es un sustantivo utilizado para denotar desenfreno, ocio y vicio. Estas palabras son propias del habla de uso cotidiano de adolescentes y adultos jóvenes de sectores populares.

^{iv} *Cabeza* es un adjetivo de uso popular y vulgar que denota brutalidad y vocabulario limitado.

^v Adjetivo que denota falsedad.

^{vi} Lunfardo para colectivo: micro de gran tamaño que se sirve para desplazarse de un punto a otro de la ciudad. Puede transportar de 20 a 40 personas pagando un boleto económico.